

El Baby Peñaloza

espera un hit que lo remolque

**El legendario inicialista y jardinero de las Selecciones Atlántico y Colombia vive momentos angustiosos, enfermo de obesidad mórbida. El sobrepeso lo tiene atado a un mecedor. Fue uno de los peloteros más veloces y de gran efectividad con el bate.*

✓ Por
JORGE LUIS PEÑALOZA*

El beisbol es casi la única cosa ordenada en un mundo muy desordenado. Si tienes tres strikes, ni siquiera el mejor abogado puede sacarte de este lío. (Bill Veck)

Un larguirucho flotando en su uniforme de beisbolista con una cara de ‘pelao’ travieso, de esos que se vuelan de las clases en el colegio, cargando un pesado bate de madera y jugando como todo un experimentado en el estadio Tomás Arrieta, así era Julio El Baby Peñaloza, el inolvidable primera base y jardinero de la Selección Atlántico y la Selección Colombia de las décadas del 60 y 70.

A los 14 años de edad ya corría las bases en el estadio del Barrio

Abajo con su primer equipo Refrescos Hit, y pese a su aparente fragilidad era desde entonces el bateador más efectivo y el primera base que se estiraba hasta lo imposible, con una plasticidad que hacía recordar al ya veteránísimo Francisco Pacho Tapias, su maestro.

Pero, quien lo creería, hoy a sus 65 años esa gacela del beisbol criollo vive uno de los momentos más críticos y tristes de su vida. El diagnóstico es dramático e irónico: obesidad mórbida, una

enfermedad considerada peligrosa para la salud, ocasionada por el sobrepeso.

Ver jugar en la primera base al ‘pelao’ Peñaloza era esperar de un momento a otro una zambullida o un movimiento de piernas que cualquier bailarador de la época en ese templo de la salsa barranquillera conocido como La Cien, lo hubiera envidiado.

“Tengo de todo, tiroides, presión alta, me ahogo, se me hinchan los pies, no puedo caminar, este

**Jorge Peñaloza Ortega estudió Comunicación Social-Periodismo en la Universidad Autónoma del Caribe y Maestría en Comunicación en la Universidad del Zulia. Trabajó como reportero durante varios años en Diario del Caribe y El Herald. Desde hace más de dos décadas enseña periodismo en varias universidades del Caribe Colombia. Se desempeña como director del Centro de Medios de Uniantónoma.*



Después de un glorioso transitar por el béisbol colombiano, El Baby Peñaloza espera hoy resolver los problemas de salud que lo aquejan.

es un estado muy deprimente para mí, mi señora Mónica y mi familia”, expresa esta gloria del beisbol colombiano y padre de nueve hijos en la terraza de su casa del barrio Costa Hermosa del vecino Soledad, donde se pasa gran parte del día intentando endulzar sus amarguras con el sostenido concierto de canarios que decoran su vivienda.

Ahí está, ahora inmenso, corpulento, con sus 1.76 de estatura y sus 146 kilos que carga en sus breves recorridos que lo llevan del cuarto a la sala o a la terraza. “Ya no salgo a ningún lado, me cuesta mucho; sólo cuando voy al médico en taxi”, narra con su

voz grave y pausada, casi escondido en su abultado abdomen. Peñaloza, hoy ya pensionado, cuenta actualmente con sus servicios de salud prestados por la administradora Nueva EPS.

“Quiero que se enteren de mi situación, para que me ayuden a encontrar una solución. Que la atención se agilice y que me digan cómo puedo mejorar, si es operándome o no, pero quiero, ojalá, un mejor compromiso de la EPS conmigo”, expresa apesadumbrado.

Pero ¿qué sucedió con este veloz robador de bases? Con este hiteador empedernido de tantas tardes

en el Tomás Arrieta. ¿Cómo llegó a esta situación El Baby Peñaloza, tal como lo bautizó el narrador Edgar Perea? Levanta sus largos brazos y lleva las manos hasta su cabeza gris. Suspira y suelta en ráfaga y casi arrepentido la respuesta: “dejé de entrenar”.

Así fue, después del beisbol vino el softbol, pero con el tiempo y las primeras dolencias del cuerpo las visitas de fines de semana a los campos de juego se fueron diluyendo, y con la arremetida del tiempo y quizás los mismos excesos terminaron de darle vuelta a la página, a la vida de aquel inicialista ágil, lleno de plasticidad.

DE REBOLO AL BARRIO ABAJO

Julio Peñaloza llegó al béisbol porque se lo encontró de frente y sin remedio, el día que su madre cartagenera, Ofelia González, decidió que había que mudarse de Rebolo, donde la bola e' trapo

mandaba en las arenosas calles, e irse al Barrio Abajo, corazón del béisbol barranquillero y del Atlántico.

El Baby había nacido un 15 de febrero de 1948, en una Barranquilla donde ya hervía el fervor beis-

bolero. En ese año, en el Mundial jugado en Managua, Nicaragua, la entonces Selección Colombia había demostrado su poder al alcanzar el tercer lugar que en esa oportunidad compartió con México, campeonato que ganó República Dominicana con el segundo lugar de Puerto Rico. Un año antes, nuestra Selección había ganado por primera vez, como si fuera poco, el Campeonato Mundial jugado en Cartagena.

Cuando apenas llegaba a los 14 años, el pelao Yulay, como le llamaría después el veterano comentarista Mike Schmulson, se encontró por primera vez con el béisbol de verdad. Nada de jugar al bate en la cuadra, con bola de gutapercha y manillas de cartón. Fue el también beisbolista Roberto El boby Polo quien lo llevó a la cancha del populoso Cevillar con el uniforme de Refrescos Hit.

Peñaloza, alto y flaco, se enfundó de atrevido el uniforme de beisbolista y desde entonces se sintió bautizado como jugador de la llamada pelota caliente. Hasta ahí había llegado los asomos del veloz puntero izquierdo que ya había recorrido las polvorientas calles reboleras.

“Mi primer manager fue un señor muy serio de apellido Camacho. Jugábamos allí al lado de la Iglesia Santodomingo, en Cevillar. De ahí pasamos al estadio Tomas Arrieta”, recuerda. En ese campeonato quedó Champion Bate, y la prensa empezó a verlo con interés. Le sacaron una nota y tanto él como su familia comenzaron a entusiasmarse. “Cuando mi papá Julián se dio cuenta que lo mío era en serio, me compró guantines, manilla,



Peñaloza en su juventud, cuando jugaba con el equipo Olímpica. Tiempos de esplendor.

y comenzó a seguirme en cada juego”, dice.

El bisoño beisbolista tuvo el coraje de presentarse ante el maestro y leyenda del beisbol, Rafael Capi Arrieta, quien andaba formando un nuevo equipo. “Llegué a donde el Capi y le mostré el recortico del periódico. Él me miró, tomó el recortico y lo rompió, pero me puso a jugar...”.

Entonces, Peñaloza integra el equipo dirigido por el Capi, que llevaba por nombre Pablo Arrieta, en memoria de otro legendario del beisbol atlanticense. Jugaban en el Tomás Arrieta. Solamente ganaron un partido, recuerda hoy, y fue con un jonrón que pegó por la banda izquierda. “Es que El Capi fue para mí como un papá, me guiaba, me enseñaba, me cuidaba”, expresa muy sentido.

Seguía siendo el mismo ‘pelao’ flaco cuando llega al equipo Willard de tercera categoría. Jugaban en las afueras del estadio Tomás Arrieta, en inmediaciones donde hoy se levanta el puente que une la calle Murillo con la Vía 40. Peñaloza crece como beisbolista, y se destaca especialmente con el bate. No pasa mucho tiempo cuando es llevado al Willard de segunda categoría. El Baby empezaba a mostrar otra cara.

El Capi Arrieta le seguía la pista al jovenzuelo, y cuando arma un equipo de ‘puros pelaos’ llamado Los Magallanes de la Sierra no dudó en incluir en el line up al flaco, zurdo y espigado que bateaba duro y se estiraba como si sus piernas y brazos en vez de músculos llevarán plástico derretido por dentro.



El jueves 18 de diciembre las dos potentes selecciones llegan empatadas a la final, ambas invictas. Antonio Manía Torres, por Bolívar y Gabriel Rocky Núñez, por Atlántico, dos corajudos y veteranos pilotos de la pelota caliente colombiana, se enfrentan en un verdadero juego de ajedrez. Al final, el seleccionado bolivarenses gana 8 - 3 y se titula Campeón Nacional del Beisbol colombiano en su XVI versión



“Ese equipo fue la sensación en el Tomás Arrieta, le dimos ‘palo’ a todo el mundo”, sigue narrando Peñaloza.

En febrero de 1965 se juega en Cartagena y Barranquilla la XVI Serie Mundial de Beisbol Amateur, y Colombia gana en el Once de Noviembre de Cartagena el último juego a México 4 - 0, para titularse Campeón Mundial por segunda vez. Ya no era solo fiebre, había toda una epidemia de beisbol que terminó de contagiar a todos. El diamante de La María, como también se le conoce al estadio Tomás Arrieta, era la olla del sancocho de pelota caliente, y ya el joven Peñaloza comenzaba a ser uno de los que lo sazonaría con sus estiradas y oportunos batazos.

Su nombre aparece en el roster del equipo Triplex Pizano de segunda categoría. Pero en una

oportunidad se enferma Wilfrido La charúa Rodríguez, primera base del equipo de primera. Y el legendario Armando Escorcia llama a Peñaloza, de 16 años, a remplazarlo. A El Capi Arrieta, quien le sigue los pasos, no le agrada mucho esa decisión porque cree que pueden hacerle un daño al novato jugador. Entonces, en una tarde de agosto de 1965, en su primer turno al bate, El Baby pega un durísimo roletazo de dos bases al pitcher de Astilleros Magdalena, David Gómez. “Después ya no me pudieron bajar, a La charúa lo pasaron al jardín derecho y yo me quedé en la primera”, dice emocionado.

Posteriormente, el brillante inicialista barranquillero vestirá también el uniforme de Astilleros Magdalena, Triplex Pizano (por segunda vez) Olímpica y Pioner hasta 1981, siempre en medio de las bromas de comentaristas



Así era el estilo de El Baby en la época en que jugaba con Triplex Pizano. Su paso por las selecciones de Atlántico y de Colombia dejaron huellas.



y narradores como Marcos Pérez Caicedo.

Peñaloza sonrío y recuerda cuando se paraba a batear, y entonces el gran maestro de la narración lo saludaba: "...y al bate viene ahora el niño Julio Peñaloza... ahí está la mamá en las gradas con el biberón para dárselo cuando termine el partido". Por supuesto, las carcajadas del público y de los oyentes no se hacían esperar. Así era Marcos Pérez, y Peñaloza era un consentido de los medios.

"Fui muy apreciado por los periodistas. Recuerdo, entre otros, a Luis Gutiérrez, Gustavo González Hans, Marcos Pérez, Edgar Perea, Fabio Poveda, Antonio Borja, Nicolás Serje, Don Chelo de Castro, Delfina Reyes, Mike Schmulson, Jaime Jiménez, Carlos Blanco de la Hoz, Otto Garzón Patiño, Jorge Humberto Klee, Ventura Díaz, y muchos más que me apoyaron siempre", expresa con apreciable conocimiento de los representantes de los medios informativos de la época.

LA SELECCIÓN ATLÁNTICO Y LA SELECCIÓN COLOMBIA

Para finales de la década del 60, la rivalidad beisbolera entre Bolívar y Atlántico estaba en su mejor momento. Por Bolívar, aparecían en el line up nombres como Abel Leal, Luis Bartolo Gavidia, Pompeyo Llamas, Alejandro Lian, Orlando García, Humberto Bayuelo, Orlando El Ñato Ramírez, Isidro Herrera, Eusebio Moreno, entre toda una constelación de estrellas.

Y Atlántico no se quedaba atrás: Evaristo Martínez, Rafael Peña, Milcíades Mejía, Francisco Tapia, Ezequiel Teherán, Luis Chino Herrera, Arthur Forbes, Dimas Godoy, Gerardo El Pájaro Guzmán, Teófilo Gutiérrez, Orlando Jiménez, Ascensión Díaz, Ubaldo y César Salinas, y Pedro El Drácula López, entre otros. Ha sido una eterna rivalidad. No era, por supuesto, un secreto que todos querían ver en la final a estas dos potentes selecciones que integraban por lo menos el 90 por ciento de la planilla de quienes serían llamados después a la Selección Colombia.

Y a esa lista de estrellas llegaría Julio Peñaloza, primero a la selección Atlántico y luego a la Selección Colombia. Todavía un novato, El Baby recuerda cuando alcanzó la primera categoría y los tuvo como compañeros y luego como rivales a toda esa legión de inspi-

rados beisbolistas que tantas glorias le dieron al Atlántico y al país en escenarios internacionales.

Peñaloza cuenta, especialmente, las veces que se apostaba en las gradas frente a la primera base para ver jugar a Pacho Tapias, y presenciar en vivo y en directo esas interminables estiradas del inicialista ñero. Y también apunta jocosamente cuando en los campeonatos que se realizaban en el campo 11 de Noviembre, enfrente del Coliseo Cubierto Humberto Perea, jugaba con el guante pesado prestado por Tapias. “El fue mi maestro, a quien seguí y emulé. Me gustaba cómo jugaba la primera, cómo manejaba el guante pesado, aunque creo que yo era más rápido de piernas, pero él fue quien me enseñó”, rememora.

No pasó mucho tiempo para que al mismo Peñaloza le fuera entre-

gada la tamaña responsabilidad de hacer parte de ese equipo de corajudos peloteros. En 1969, tres viejos zorros, Gabriel Rocky Núñez, Jaime Del Valle y Roberto Zapata, ven que El Baby ya está listo y lo llaman para integrar por primera vez la Selección Atlántico, cuando acababa de cumplir sus 21 años.

El campeonato se llevó a cabo en Barranquilla. Un sol radiante y una brisa decembrina eran el marco ideal que iluminaba el ambiente de La Arenosa, y el amado estadio de La María fue el escenario de alegrías y tristezas. Uno a uno fueron pasando. Bolívar y Atlántico, le ganaron a todos: Córdoba, Sucre, Magdalena, Valle, San Andrés, Antioquia, Cundinamarca, Santander, y hasta a Tolima, que ese año se hizo presente.

A Peñaloza le dieron las primeras oportunidades, y en la



Cuando apenas llegaba a los 14 años, el pelao Yulay, como le llamaría después el veterano comentarista Mike Schmulson, se encontró por primera vez con el beisbol de verdad. Nada de jugar al bate en la cuadra, con bola de gutapercha y manillas de cartón. Fue el también beisbolista Roberto El boby Polo quien lo llevó a la cancha del populoso Cevillar con el uniforme de Refrescos Hit



noche del 9 de diciembre de 1969 fue el encargado de dar el hit número 50 del Atlántico en el torneo; una durísima línea por la banda izquierda contra el equipo de Valle. Ese día la Selección criolla se impuso 14-0 y se consolidaba como el equipo de mejor average del campeonato. Barranquilla y todos los pueblos atlanticenses gozaban a través de la radio, mientras que en el Tomás Arrieta las graderías pasaban repletas.

El jueves 18 de diciembre las dos potentes selecciones llegan empatadas a la final, ambas invictas. Antonio Manía Torres, por Bolívar y Gabriel Rocky Núñez, por Atlántico, dos corajudos y veteranos pilotos de la pelota caliente colombiana, se enfrentan en un verdadero juego de ajedrez. Al final, el seleccionado bolivarenses gana 8 - 3 y se titula Campeón Nacional del Beisbol colombiano en su XVI versión.

Fue, sin duda, el camino que llevaría a El Baby al primer llamado a integrar la Selección Colombia que viajaría al Campeonato Mundial a celebrarse en La Habana, en 1971. “Nos entrenamos duro en Cartagena y luego en Barranquilla, de aquí salimos para Cuba”. Manía Torres vio la potencia y la agilidad del joven jugador y se lo llevó, no impor-

tando que lo mandara a cubrir el jardín derecho, porque la inicial ya tenían dueños: Luis Bartolo Gaviria y Pompeyo Llamas.

Incluso, la prensa escrita y los comentaristas de radio de la época polemizaban si el joven barranquillero se quedaría en la Selección, si finalmente el veterano José Miguel Corpas, quien solucionaba problemas familiares, decidía atender el llamado al equipo colombiano. Manía Torres fue contundente: “así venga Corpas, Peñaloza se queda”, en respuesta a la prensa.

“Fui a aprender, a codearme con esos monstruos del beisbol”. Y vaya que lo hizo. Corrió e impulsó carreras, fildeó y fue artífice para que la Selección Colombia de Jorge de la Rosa, Abel Leal, Humberto Bayuelo, Nelson García, Luis Herrera, Orlando Ramírez, Amaury Espinosa, Alejandro Lian, René Morelos, Orlando García, Remberto Madera, Manuel Jiménez, Luis Bartolo Gaviria y Pompeyo Llamas, consiguiera el subtítulo mundial el 4 de diciembre, detrás de la demolidora novena de Cuba.

“Estoy seguro que muchos de ellos hubieran podido llegar a las Grandes Ligas, porque calidad y capacidad les sobraba, eran muy buenos, expresa el otrora inicia-

lista atlanticense que soñó algún día, como reconoce actualmente, defender la primera almohadilla de los Dodgers de los Angeles, su equipo favorito en la Gran Carpa. Pero, eran otros tiempos. Peñaloza haría parte en años venideros del roster de la Selección Atlántico y de la Selección Colombia, especialmente en el campeonato del Mundo en 1974, en donde quedó como mejor bateador del equipo, hasta finales de 1981 vistiendo el tradicional uniforme blanco y rojo en el campeonato jugado en Sincelejo.

Después se dedicó a dirigir y a jugar en equipos de softbol, a impulsar nuevos valores, pero también a dejar de entrenar con el rigor de antes, y a ganar kilos de más. El descuido y la falta de acción han llevado a que aquel veloz corredor y robador de bases esté hoy pegado al mecedor, viendo televisión o sentado en la terraza de su vivienda, jugando o cargando alguno de sus nietos.

En medio de todo su drama, aún conserva el buen humor de tantas tardes, tantas jornadas en los diamantes de Colombia y del mundo por donde se paseó.

“...así como estoy todavía puedo batear bien duro, pero tú corres por mí”, dice, en medio de una carcajada, Julio Peñaloza, El Baby, a sus 65 años. ■